

La fuerza del sino de don Álvaro (cuento)

José María Méndez
Universidad de El Salvador
Rector 1968-1970

Resumen del editor

José María Méndez estudio Derecho en la Universidad de El Salvador, fue fiscal de la Asociación General de Estudiantes Universitarios (AGEUS), vicerrector y rector provisional, cargo al que renunció el 26 de octubre de 1970.

A continuación transcribimos un cuento que forma parte de su libro *Tres mujeres al cuadrado*, con el que ganó el Certamen Nacional de Cultura en 1963. También fue ganador de los Juegos Florales de Quezaltenango en 1970, 1974 y 1994, por lo cual fue merecedor del título de «Gran maestre de la narrativa centroamericana».

Palabras clave:

Narrativa salvadoreña, historia de la Universidad de El Salvador, rectores

Abstract of the publisher

José María Méndez studied law at the University of El Salvador, was prosecutor of the General Association of University Students (AGEUS), vice provost and interim rector, a position renunciated the October 26, 1970.

We transcribe a story that is part of his book Tres mujeres al cuadrado, with which he won the National Competition of Culture in 1963. He was also winner of the Floral Games of Quetzaltenango in 1970, 1974 and 1994, for which he was awarded the title of «Grand Master of the Central American narrative.»

Keywords:

Salvadoran narrative history of the University of El Salvador, rector

Tengo tres mujeres con casa puesta y no puedo ir a dormir donde ninguna de ellas porque las tres me pegan. Me pegan cuando me achispo un poco, como ahora; cuando estoy borracho y aún cuando mantengo mi sobriedad, porque lo cierto es que ellas no necesitan motivo para entrarme a palos. ¡Es una maldición! —¿No cree usted —le había preguntado previamente— que debería regresar a su casa y descansar.

La inesperada respuesta, coincidente con la extraña conducta de don Álvaro, agrandó mi turbación. Empezó esta cuando entré al Bar. Aquella noche partía para Salonia y había llegado a la estación prematuramente. Faltaba más de una hora para la salida del tren. Para sacudirme el frío y el aburrimiento, decidí consumir unas cuantas copas de coñac. Cuando estaba frente al mostrador me reveló el espejo, en la esquina que estaba a mis espaldas, una figura lejanamente familiar, cuya fisonomía, aún imprecisa, picó mi curiosidad. ¿Quién era?

Ocupé una mesa cercana a la suya y traté de identificarle. Inmediatamente noté que deseaba pasar desapercibido. Cubríase el rostro con las manos, bajaba la cabeza. Ayudábele en su empeño la luz mortecina, el humo de los cigarrillos, pero salí adelante con mi propósito. No me engañó la barba, ni los ahumados anteojos, ni la peluca, ni el traje

a cuadros que desentonaba con su elegancia proverbial. El personaje que trataba de ocultar su identidad era don Álvaro de Albornoz, rico y respetable caballero.

—Don Álvaro, ¿qué hace usted por aquí a estas horas y disfrazado?

—A buen tiempo llegó el mequetrefe, ¡Váyase al diablo!

Luego rectificó:

—No. No. Espere. Estoy metido en peligrosa aventura. Necesito su ayuda. Por lo menos su silencio. Siéntese, actúe con naturalidad y traté de bajar la voz. ¿Le costó trabajo identificarme?

—No mucho. ¿En qué líos está enredado?

Se llevó el índice a los labios.

—Psst... He arreglado lo de mi muerte, es decir, ya estoy muerto. Ahora preparo mi fuga. Nadie debe saber que estuve aquí. Usted callará, guardará en secreto este incidente.

Creyendo que estaba borracho, le sugerí que regresara a su casa. A continuación me respondió con las transcritas palabras: tengo tres mujeres, etc.

Don Álvaro de Albornoz era descendiente de ilustre y acaudalada familia. Tenía fama de ser hombre perpendicular y austero. Al encontrarlo en el bar hablando disparates,

disfrazado, o por lo menos vestido ridículamente, supuse que estaba ebrio o se había vuelto loco. Él adivinó mis pensamientos por el asombro que reflejaron mis ojos.

— Señor Rodríguez: he bebido unas cuantas copas; pero no estoy borracho. Tampoco tengo el juicio averiado. Este día, legalmente, habré muerto. Esta noche, en la realidad, volveré a nacer. Nadie debe saber que estoy vivo, es necesario que continúen creyendo lo que habrán ya empezado a creer: que he fallecido. Le suplico, apelando a la vieja amistad que nos une, no decir a nadie que me ha visto, olvidar este encuentro. ¡Prométamelo! ¡Júreme que no desmentirá, mañana, la versión que será publicada y que espero sea creída por todos!

—No puedo prometer ni jurar a ciegas —le contesté.

Hablando precipitadamente, continuó Don Álvaro:

—Parto dentro de pocos minutos para Salonia. Ahora soy Enrique Alomar. Este es mi nuevo pasaporte. Este, mi nuevo retrato. Después de que llegue a mi destino descubrirán el cadáver del señor de Albornoz. Es posible que ya lo hayan descubierto. No puedo, por la premura del tiempo, proporcionarle mayores explicaciones. Aténgase a la versión oficial de los hechos. Usted se queda aquí y no le importará...

—Se equivoca, yo también tomo el tren que parte a las doce para Salonia. Viajaremos juntos.

Aquella fue una noticia tranquilizadora para don Álvaro. Se alisó los cabellos y me dio unas cuantas palmadas en el hombro izquierdo.

—No esperaba esta coincidencia, que de seguro viene en mi provecho. Me iba sin ponerlo al tanto de todo. Así era difícil que me otorgara promesa de silencio. Ahora tendré la oportunidad de revelarle mi historia. Cuando la conozca aprobará mi conducta y se convertirá voluntariamente en fiel guardián de mi secreto.

Eran casi las doce; pagó don Álvaro la cuenta y salimos, presurosos, hacia el tren.

Nos instalamos uno frente a otro en el penúltimo vagón. Éramos, por gracia del azar, los únicos pasajeros. Empezó el viaje. La lluvia, al chocar contra el vidrio de las ventanillas, y el golpeteo de las ruedas sobre los rieles, casi no me dejaban oír la voz de don Álvaro.

—¿Qué dice?

—¿Va usted en viaje de negocios?

—Cada mes, por este tiempo, voy a recibir instrucciones de mis representantes. Soy comerciante y...

—El suyo es viaje de rutina. El mío

no. Abandono el país, jamás regresaré. En cuanto llegue a Salonia tomaré el avión con destino a Brasil.

—¿Ha cometido algún delito, lo persigue la policía?

—No, mi buen amigo. No soy delincuente. Tampoco espía. Mi historia...

—Estoy sumamente interesado en oírla.

—Tengo, tenía, como le dije, tres mujeres con casa puesta, no podía llegar a casa de ninguna de ellas porque las tres me pegaban. Ahora estoy liberándome. Se agotó mi paciencia, mi tolerancia. No las abandono. Si simplemente las abandonara pudiera ser que me buscaran y lograran encontrarme. Volvería entonces a llevarla vida de perro que he llevado. No realizaría el propósito definitivo que pretendo: cortar de raíz con el pasado. Tal como he dispuesto las cosas, haciéndome pasar por muerto (el incinerado que aparecerá como cadáver tenía mi estatura y mi peso. Además, puse en su cuello la cadena que me regaló mi madre cuando hice la Primera Comunión y mi anillo de compromiso de boda con Marcela Ramírez, que ya murió. No creo que por los huesos calcinados puedan descubrir la suplantación). Consiguiendo nuevos documentos para resurgir con otro nombre, no solo me aparto para siempre de ellas, sino que espero

realizar un eficaz conjuro que aleje la suerte nefasta que me ha perseguido. Pudiera ser que el cambio de nombre y de país alteraran todo. Yo mismo me siento otro. Es que ya no soy Álvaro de Albornoz. Soy Enrique Alomar, un hombre recién nacido que espera vivir una nueva vida.

Cayó de súbito su entusiasmo y añadió con tristeza:

—Dios mediante... Los antiguos, para personificar el amor, imaginaron un dios que, con arco de fresno, lanzaba flechas de rígido ciprés. Yo, para personificar el amor, tendría que imaginar un ogro de mazo y porra. Mi particular Cupido no hierre, deja moretes y a veces quiebra huesos. Mis mujeres me han pegado antes de enamorarse, al enamorarse y estando enamoradas o libres ya de la ponzoña del amor. La primera aventura que recuerdo empezó a puñetazos. Olga, institutriz de mi hermana menor, era alta, garbosa, de músculos atléticos y puños de hierro, según pude comprobarlo suficientemente más tarde. Cuando la casualidad hacía que se cruzaran nuestros pasos en los largos corredores, sonreía picarescamente.

—Una tarde, aprovechado que habíamos quedado solos en el vetusto caserón, entré a su cuarto. Acababa de salir del baño e iba vestida nada más con una bata. No pude resistir la tentación de la carne fresca, olorosa, y la besé, forzándola. De inme-

diato me pegó un puñetazo que por poco me rompe la mandíbula, luego otro que me cerró un ojo, y otro y otro. A los seis perdí la cuenta y el sentido. Cuando lo recobré estaba acostado en su cama. Olga me ponía lienzos de árnica y me arrullaba: "Nene. Mi nene. ¿Te dolió, verdad? Así aprenderás a respetar a las mujeres, a ser caballero. ¿Verdad que en el futuro serás comedido? Mi príncipe. Eres guapo y te lucen los moretones. Viéndote así no puedo negarte un beso, no puedo negarte nada. Ven, bésame cuánto quieras". Para explicar a mis padres el origen de mis hematomas, inventé que me había atropellado un camión. Lo creyeron.

—Un mal principio —dije, soltando una carcajada.

Don Álvaro, en un gesto de exquisita cortesía, para permitir que me librara del gusanillo de la risa, hizo un paréntesis para quitarse la barba y la peluca. Después de guardarlas, ceremonioso, en su maletín de viaje, reinició la plática.

—El incidente referido fue el primer eslabón de una cadena. De allí en adelante, cuanta mujer me ha querido me ha entrado a golpes. Han sido muchas... Quien contara mis aventuras, quien solamente las contara en el sentido numérico de la palabra, podría tomarme por un Don Juan. En realidad no soy un Don Juan. Soy la antítesis. Los tenorios

conquistaban. Yo he sido siempre conquistado. A los treinta años era ya un veterano del amor. E igual que un soldado veterano tenía el alma apearada por los recuerdos y el cuerpo cundido de cicatrices.

—¿Supongo que ha tenido usted la mala suerte de topar siempre con mujeres anormales?

—No, amigo Rodríguez, no han sido ellas discípulas del famoso Marqués. Recuerde que esa perversión no es propia del sexo femenino. Tampoco imagine que soy masoquista. Mi caso no tiene nada que ver con la siquiatria. A mí me pegan ellas normalmente, sin accesos histéricos, de modo natural. Me pegan porque tienen que pegarme o porque me dejo pegar. Pensándolo hondamente no las culpo y quizás les otorgue razón. En primer término, ¿por qué prefieren las mujeres altas, macizas, de recia complexión? Luego, ¿por qué no me planto la primera vez? Hay en todo esto algo de misterioso e ineludible. Un escéptico diría que es una serie increíble de coincidencias. Yo digo que está de por medio la fatalidad. O que tengo una especie de imán para atraer sobre mí las palizas. Tal vez nací predestinado. Recuerdo en estos momentos una que me decía: "Tú tienes algo en la cara, algo raro. No sé qué es; pero me intriga. Algún día voy a averiguarlo". Por fin me dijo: "Ya sé lo que tienes y lo que piensas. Te he pescado. Me to-

mas por idiota. Te parezco ridícula, demente..." Se me vino encima. Bueno. En verdad, le fallaba la cabeza. Terminó en un manicomio.

—Cuando le pegaban así, normalmente, como usted dice, ¿trató alguna vez de defenderse?

—He de decirle que soy experto en el arte de la defensa propia. Conozco el boxeo, el judo, el karate, etc. Cuando algún hombre me ha agredido o provocado, se ha llevado su merecido. Con las mujeres no puedo repeler las agresiones. Me lo impiden mi particular filosofía y mi educación religiosa. Si me pegan, soporto la paliza, me quedo. Ese es mi mal: quedarme. Por eso se ha cebado en mí el mal llamado sexo débil. Una navidad recibí entre los regalos tres bombas de tiempo y dos cajas de chocolates envenenados. Podría contarle el caso de la trapeicista que me arrancó del asiento durante una función del circo, me besó alocadamente mientras el trapecio volaba por los aires y me aventó después al asiento de origen. El de la bailarina acrobática que sin conocerme, en París, me arrebató de la mesa, me hizo bailar con ella la danza apache y me rompió la clavícula. El de la condesa que me perseguía por las calles de Viena con su automóvil. Se llamaba Natalia y murió estrellada contra un poste al esquivar ágilmente el Peugeot que conducía. El caso Camilia es verdaderamente... No. Le

hablaré de Elena, Gertrudis y Violeta, las tres mujeres que regían hasta hace poco, a vapuleadas, mi vida, y de quienes me emanciparé con mi ficticia muerte.

—Elena prácticamente me secuestró. Cuando cumplí treinta años era rico y soltero, como ahora. Mis negocios caminaban solos. Huía de las aventuras amorosas por espíritu de conservación. Huyendo de ellas, buscando un apartado y tranquilo lugar, llegué al "Boarding House" de Elena, una especie de refugio ideal para quienes buscan paz y soledad. Estaba situada la casa a veinte kilómetros de la ciudad, dentro de un bosque, en la parte más alta de una colina. El viento, al levantar olas verdes en el mar de pinos, aromaba el aire. Y había un jardín y un arroyuelo. Todo era ideal para mi propósito; pero en cuanto la vi, comprendí el error cometido. Por la altivez y el porte parecía una reina. También semejava un cosaco o un húsar. Desde el primer momento sus ojos ardieron con esa luz dominante a la que tanto temo. Así han solido mirarme casi todas. El húsar, digo, Elena, me tomó de la mano y me llevó a una habitación de la parte alta. "Aquí vivirá" —me dijo—. "La verdad —respondí queriendo escabullirme— aún no he decidido". "La verdad —atronó— es que aquí vivi-

rá usted. Está decidido. No hablemos más". Al punto le dio un empujón a la puerta. La puerta me rompió el labio y dos dientes; aquí bajo el bigote, está la cicatriz. No me di por vencido. Bajé —ánimo resuelto, maleta en mano— y le dije: "Señora, me voy. No puedo quedarme". "Caballero —me contestó— no puede irse; ha caído la noche, la cena está servida y el teléfono descompuesto impide pedir un taxi; tendrá que dormir aquí. Mañana me comunicará su decisión".

—Conociendo su... mala duerte, debió haber huído.

—¡Ay! aún no sabe cuán difícil es luchar contra el destino. La misma noche hice el intento. Logré asegurar una soga en la habitación y la dejé caer por la ventana. Me descogué... y zas... me rompí una pierna. Al ruido salió Elena. Enterada de mi accidente, oídas mis explicaciones —le dije que paseaba por el jardín— llamó un médico por el teléfono descompuesto. Llegó el galeno y me enyesó la pierna. Quince días pasé en cama. Igual tiempo duró el asedio de Elena. Al décimo quinto día caí rendido en sus brazos, mejor dicho, caí vencido en sus piernas. Estaba escrito. La misma noche que capitulé me hizo prometerle que jamás la abandonaría. Yo (soy un asno) se lo prometí. Y cuando quise quebrar mi promesa, ella me quebró las costillas. Y por allí va la historia. No ne-

cesito contarle más.

—Ahora hablaré de Gertrudis. Elena no permite que me aleje de su casa sin previo señalamiento de plazo y justificación de motivo. Cuando murió tía Inés accedió a que fuera a vivir a casa de la difunta, durante tres meses, para recibir el pésame y liquidar la testamataría. En esa época conocí a Gertrudis, la única mujer de quien me enamoré espontáneamente, sin que mediara iniciativa o acoso de su parte, sin que ocurriera uno de esos accidentes inesperados y violentos tan comunes en mi vida. Es también la única mujer de quien jamás pensé que podría caer, como las otras, en arrebatos de furia. Rubia es y tiene aire melancólico. Su voz tierna, acariciadora. Su expresión lánguida, candorosa. Es de las que guardan entre las hojas de viejos libros violetas marchitas. El reverso de sus antecesoras. Los días junto a ella fueron maravillosos. Cuando vencía el plazo le revelé, en un arranque de sinceridad que resultó temerario, mis relaciones con Elena. Aquella confesión estuvo a punto de ser la de un moribundo. Gertrudis por poco me mata. Después de la paliza me dijo: "No vuelvas, a menos que hayas dejado a esa odiosa mujer. A mí los celos me ciegan. Si vuelves sin haberla dejado no respondo". Yo, enamorado, vuelvo

donde Gertrudis sin haber dejado a Elena, porque no es Elena mujer que se deja dejar. Y cada vez que vuelvo donde Gertrudis ocurre lo mismo: la paliza y la recomendación. O viceversa: la recomendación y la paliza.

—Conocí a Violeta en un bus. Mejor dicho, en el hospital, cuando recobré el conocimiento. En el bus fue donde ella me dio con una sombrilla, mango de plata, en la cabeza. Me dijo al disculparse que yo, por detrás, me parecía mucho al abusivo; pero que de frente no había comparación, porque el descomedido era muy feo y yo muy guapo. Violeta era menudita, alegre, vivaz. Para demostrarme su arrepentimiento quería quemar la sombrilla. Yo (ya he dicho que soy un asno) impedí que la quemara. Con ella me atiza. Se enfada por cualquier motivo y echa mano al quitasol. A veces, aun estando de buen humor, me sacude el polvo. Le gusta recordar y reconstruir, dice, el suceso feliz que me puso en su camino.

—Es extraordinario lo que me cuenta.

—Después de conocer las circunstancias de mi vida, no le causará extrañeza saber que he comprado un cadáver en quinientos pesos, le he puesto mi ropa, mi sortija, mi reloj, mis dientes postizos, y lo he quemado dentro de una casa situada en el campo, la cual compré premeditadamente hace un año, y debe estar

ahora convertida en pavesas. Antes otorgué testamento y realicé la mayor parte de mis bienes, lo cual me permitirá continuar viviendo con holgura económica. Ahora seré libre. ¡Libre!

Al decir esto, impulsado por el entusiasmo, don Álvaro se levantó y alzó los brazos. No vio venir a una corpulenta dama. Como no la viera le rozó el alorenado pecho al dar un manotazo. Detúvose ella enfurecida, lo miró fijamente y luego le soltó una bofetada que de seguro hizo ver a don Álvaro estrellas verdes en cielos morados. Cuando se repuso del sopapo, masculló:

—Perdón, señora, no la vi. Le pido mil perdones, no tuve intención de ofenderla.

La imperiosa dama lo estuvo examinando, inquisidora, de pies a cabeza. Sonrió por fin.

—Acepto sus excusas, caballero. Quede olvidado el incidente.

Lo tomó fuertemente del brazo y lo arrastró por el pasillo.



José N. Rodríguez Ruiz